

## EL HOMBRE

**A Iván Quintero, que conoce el vacío de nuestra silenciosa generación.**

MARIO MENDOZA Z.

El hombre, parado en la mitad de la plaza, supo que la muerte estaba próxima. No una muerte tranquila y procesual como la de ciertos ancianos, sino una muerte tortuosa y fulminante, como esa que sorprende a ciertos seres infinitamente clandestinos. Sin embargo, no pronunció palabra alguna y se limitó a contemplar ciertos recuerdos, con una añoranza un poco ajena al momento. Se vió en esas tardes lluviosas y cansadas de junio recostado contra la ventana, mirando la vida pasar allá muy lejos, al otro lado, irrecobrabable. Los humanos, a pesar de todo, inspiraban cierto sentimiento de compasión. Se veían tan indefensos, tan desorientados en un mar cósmico que se los tragaba poco a poco —sin que ellos lo notaran—, que se sintió por un momento más fraternal con las piedras de la plaza que pisaban sus pies. Luego recordó aquel instante cuando su dedo movió el pequeño gatillo para terminar con la existencia de aquel hombre. La imagen era fría, no le inspiró el más mínimo arrepentimiento. Sólo el tedio se apoderó de él viendo el hombre caer pesadamente sobre el tapete, y un hilo de sangre comenzar a escurrir por su saco gris. También llegaron a su mente cosas vagas, extrañamente borrosas. El florero de mamá —de un azul profundo— siempre en su lugar esperando que alguien llegara para acariciarlo, el impasible rostro de la abuela contemplando el desperfecto de los años, esa ventana de marco café en la que tantas veces la vió partir bajo la ira, sin voltear el rostro. También recordó, un poco en sueños, el árbol de la casa materna recostado contra uno de los muros del jardín, con sus hojas enormes y sus ramas magníficas. Pero un recuerdo que jamás nadie supo, que nunca nadie pudo leer en las pupilas de su cadáver, algo que se le metió allá muy dentro, entre la tristeza, lo obligó, en el último momento de su vida, a meter el rostro entre sus cansadas manos.

De pronto llegó un silencio total, se escuchó un trueno que parecía venir de los cielos, y el hombre cayó pesadamente sobre el piso de piedra de la plaza. La niebla comenzaba a apoderarse de las calles de la ciudad. Una fuerte brisa recorría el lugar. Al lado del cuerpo tirado, una sombra desnuda y fantasmal, se levantó para iniciar la esperada caminata hacia las grutas milenarias de un infortunio innombrable. Hacía frío. Tal vez un niño jugaba en un rincón de la plaza vacía.